

tos del peligro: no pudo ser digno conservando su propia honra y la de la nacion que regia: ante todo estaba su miedo, y aterrado por los monitores de los yankees, se deshonró negando á Carlota cuanto esta le pedia.

Entonces la emperatriz, llena el alma de despecho y de ira contra aquel viejo cobarde que tenia la pretension de ser el primer hombre del mundo, partió para Roma.

Allí la defeccion fué mayor.

¿Qué pasó en el Vaticano?

Quien sabe: pero sin duda que el menos culpable fué Pio IX en su negativa de ceder á los arreglos que proponia á la Iglesia la corte imperial de México, respecto á un concordato para zanjar las dificultades creadas por la expedicion de las leyes de reforma. ¿Qué entendia ni qué sabia ese anciano de los intereses de la raza latina, ni de las invasiones en América de la raza anglo-sajona, ni del peligro que habia en que el protestantismo se infiltrara en México, cuando el clero romano continuara luchando contra los intereses materiales de la civilizacion y el progreso?

Maximiliano no habia devuelto nada de lo que se habia quitado al clero mexicano, no podia, pues, el Papa tratar con él.

En aquella lucha terrible que debió estallar entre la clara y luminosa inteligencia de Carlota, y la senil razon del gefe de la Iglesia, debe haber pasado algo muy grave que no debió convenir á la corte romana que se supiera en el orbe.

Importaba que el secreto de lo que allí pasara, quedara sepultado para siempre; la casualidad salvó á la camarilla del Vaticano, y la princesa Carlota salió de allí loca.

A las once de la mañana del dia 18 de Octubre de 1866, estaba Maximiliano en el alcázar de Chapultepec. Escudero, el ministro, se hallaba á su lado conferenciando sobre los últimos artículos del código civil.

En este momento se recibió un parte telegráfico del conde Bombelles, depositado en Miramar: el telegrama estaba en inglés, y en la cifra adoptada en el gabinete.

Al leerlo Maximiliano dió un grito y comenzó á llorar: era que acababa de leer que la emperatriz estaba atacada de una fiebre cerebral. Pero poco despues supo la terrible verdad. Entónces se encerró en el alcázar y no quiso hablar con nadie.

Casi al mismo tiempo se sabia en México la mision Castelnau, y cosa rara, se habia transparentado hasta el objeto de la venida del ayudante de campo de Napoleon. Lo que se ocultaba á la suspicacia de los diplomáticos, lo habia adivinado el pueblo con su instinto, y en las calles y en los cafés de México, se contaba que Castelnau traia las instrucciones de hacer abdicar á Maximiliano, poner un gobierno que reconociera la deuda francesa, y retirar el ejército francés.

Y todo era enteramente cierto.

Napoleon sellaba la obra mas grande de su reinado con una infamia.

Era preciso que la empresa que habia comenzado con la violacion de los tratados de la Soledad, terminara con la violacion de los tratados de Miramar.

Y no solamente la Francia misma derrocaba el trono que habia erigido en consorcio con la traicion, sino que buscaba nuevos traidores para organizar el gobierno que sucediera al imperio, á fin de garantizar los intereses de la Francia.

Como un resto de dignidad, decia Napoleon que no trataria con Juárez: gasconada ridícula, porque Juárez era

quien no entraría jamás en convenios con el extranjero, y menos cuando este efectuaba una vergonzosa retirada había de entrar en una transacción que no aceptó cuando triunfaba la intervención.

Yo no comprendo cómo se ha podido creer que Napoleón es un verdadero hombre de Estado, porque ni talento ha habido en la consumación de su última falta. ¿Cómo creyó que podía fundar en México al sacar de allí sus tropas, un gobierno suficientemente vigoroso para hacer subsistir la nueva convención franco-mexicana, cuando no pudo hacer durable un imperio con sus cuarenta y ocho mil hombres, y todos los recursos de la masa conservadora del país?

Maximiliano, apesar de su clausura, sintió el rumor público, á la vez que su correspondencia europea le revelaba la mayor parte de la política napoleónica.

Entonces resolvió partir á Orizaba, y el día 21 de Octubre en la madrugada, salió de México deteniéndose en Ayotla.

Kératry también revela bastante todos los incidentes de aquella expedición. Tan solo oculta que en aquella vez se marcó sin disfraz alguno la tendencia agresiva é invasora de las autoridades francesas.

Apenas salió de la capital, la *Estafeta*, órgano del cuartel general, anunció que Bazaine quedaba encargado del poder supremo, como lugarteniente del reino. Esto le causó un apercibimiento de la secretaría de gobernación, que no tuvieron el valor de sostener las autoridades imperiales.

La alarma era general en México, y en los departamentos los ánimos se agitaban en tal conflicto, que era imposible utilizar aquellos últimos momentos para dar una solución ventajosa al problema del presente, mas el secreto del porvenir.

Seis días tardó Maximiliano en llegar á Orizaba, y ya allí se encerró en su alcoba, adonde permaneció enteramente

aislado, sin atender á los negocios públicos: la postración de su ánimo era profunda, inmensa, pero disculpable: el Cristo sudaba sangre en el monte de los Olivos y pedía al Padre que separara de él el cáliz del dolor.

Solo el padre Fischer, el gambusino, el luterano convertido en ferviente católico, estaba á su lado, pero poseído enteramente del alma del emperador, abriendo su correspondencia, contestándola por él, dictándole sus determinaciones propias y reproduciendo, en fin, aquellas escenas de la posesión diabólica de los hebreos.

Era Maximiliano el *hechizado*: el alma noble y generosa pero débil entregada toda entera á su ángel malo, á aquel terrible magnetizador de alta inteligencia y vasto génio de intriga, aunque profundamente desmoralizado. Apenas se esplica esa fatal influencia.

El padre Fischer estaba enteramente vendido al partido conservador y trabajaba de cuenta de este, aunque los clericales no tenían mucha fé en su hombre, cuya biografía conocían tan perfectamente.

Por una meditada casualidad Márquez y Miramón estaban ya en México.

Todos los elementos de un cataclismo se aglomeraban sobre la cabeza del soberano.

Los tres principales personajes de la intervención, Bazaine, Danó y Castelnau, urgían en sus comunicaciones al emperador que abdicase: el partido conservador por su parte lo retenía en el país.

Y sin embargo, fuerza es confesar que el partido conservador no era leal en estas indicaciones, porque no estimaba á Maximiliano. Los generales reaccionarios que supieron morir á su lado, sí lo estimaron altamente, sobre todo, después de haber combatido á su lado. Pero los hombres de pluma y sotana no podían aceptar como su jefe á un príncipe ilustrado, progresista, despreocupado y que tenía

como buenas todas las reformas del siglo, tanto que puso en vigor las leyes que le habia dejado por herencia la República al retirarse hasta Paso del Norte. La forma monárquica poco les importaba, y hubieran aceptado una república que adoptase el catolicismo como religion del Estado, mas bien que un rey que se independiera de la Iglesia, ó intentara reformarla conforme á las escigencias de la civilizacion.

Pero faltando Maximiliano, les faltaba la bandera y un centro de union adonde concretar los elementos con que creian contar para resistir á la República vencedora: el emperador era para los conservadores un gobierno transitorio, mientras se erigia uno enteramente suyo.

Esto explica muchos de los últimos actos de los conservadores durante los postreros dias del imperio, y la marcha tan disímbola que adoptaron los imperialistas que combatian en Querétaro al lado del emperador y los que lo representaban en la capital.

Pero al lado de Maximiliano habia otra fraccion imperialista que solo cuidaba que el emperador saliera de aquella posicion con honra.

En medio de todas las intrigas que debian formarse naturalmente con el choque de intereses tan contrarios, Maximiliano no se decidia aún á tomar una resolucion definitiva.

Kératry ha pintado perfectamente esa vacilacion del ánimo del emperador: solo ha ocultado las diferencias suscitadas entre los tres representantes de la Francia, y la inteligencia en que quisieron ponerse con los que llama juaristas.

Porque los franceses llegaron hasta solicitar la defeccion de los hombres mas prominentes del partido liberal, ofreciéndoles el cebo de la presidencia de la República en cambio de hacer una nueva convencion francesa. Los interven-

tores no conocian á los hombres ni á las cosas de México, y esta fué la fuente principal de todos sus errores.

La Francia oficial lo único que anhelaba era salir de la falsa situacion en que se habia colocado, y no escusaba para lograr su objeto, ni tejer las intrigas mas impuras, ni cometer las defecciones mas insanas.

Ya no tenia esperanza en el imperio, cuya próxima muerte sabia, y con el cual habia roto enteramente, hasta el punto de que ni Castelnau, ni Bazaine, ni Danó, eran recibidos por Maximiliano.

El ministro de Francia en México habia intentado celebrar con anterioridad un último tratado con aquel gobierno moribundo, que definiera con toda claridad los derechos y las obligaciones entre las partes contratantes; pero tres veces se rompieron las negociaciones sin llegar á una solucion definitiva.

Bazaine, acusado por sus colegas de ser muy parcial con Maximiliano, y enteramente ligado á los intereses del trono, Bazaine mismo se estrelló en sus solicitudes cerca del emperador. Es que á la puerta de la alcoba imperial estaba el padre Fischer, como el guardian de aquel tesoro que solo á él era dado ver y tocar. Y nada ni nadie llegaba hasta el desgraciado príncipe, agobiado de dolor y temblando con los sacudimientos de la fiebre paludiana, sin la inspeccion del apóstata luterano.

El cancerbero con sotana fué por el contrario, muy blando con Márquez, y le permitió acercarse á su Señor, el que lo habia enviado al Asia para alejar aquella personalidad tan contraria al plan de fusion de los partidos que intentó plantear al principio de su reinado.

La vacilacion del emperador iba, pues, á terminar, porque predominaban ya los elementos conservadores, quienes debian influir en la permanencia del trono.

Bajo estos auspicios, y en medio de la ansiedad horrible

de los partidarios del imperio, se abrieron las conferencias de Orizaba.

Maximiliano, doliente, con su cuerpo postrado por el ardor de la fiebre, con su alma enagenada por el recuerdo tiernísimo de Carlota, pensando en Miramar, y profundamente herido por la traición de la Francia oficial, tenía que resolver una cuestión de vida ó muerte para su honor y salvar á la vez los intereses del partido que lo había llamado.

La resolución que tomara requería un carácter de acero para llevarla á cabo. Véamos como supo salir con su honra limpia, aunque jugando la cabeza bajo la ley republicana.

Porque aquel nieto de Carlos V no sabía gobernar, pero sabía morir.

IV.

La suma de disgustos que pesaban sobre Maximiliano, y el anhelo de ir á Miramar á llevar algun consuelo á la desgraciada loca, lo inclinaron de una manera decidida á abdicar y partir de México.

Ademas de la carta á Bazaine que publica Kératry, escribió otras muchas á las personas que estimaba, despidiéndose de ellas. El padre Fischer retuvo estas cartas y no las dejó partir á su destino.

Los tres dignatarios franceses, Bazaine, Danó y Castelnau, habían propuesto á Maximiliano, viendo que fracasaban sus intrigas en el campo liberal, que al abdicar entregase el poder á un gobierno provisional, á un triunvirato compuesto de Lacunza, Linares y Mendez.

Entonces la alarma fué espantosa entre los conservadores, é ignorando que las autoridades francesas ni siquiera habían contado con la voluntad de los candidatos para formar la terna, creyeron que los liberales imperialistas conspiraban con los franceses á fin de que Maximiliano partiera, y que entonces permanecerían las tropas expedicionarias para apoyar aquel gobierno transitorio.

Así lo hicieron comprender al emperador, suponiendo